

Ejemplos Predicables

Tesifonte y el milagro de las aves

He aquí lo que se cuenta de San Tesifonte, uno de los siete varones apostólicos, que predicó el Evangelio en España en la región de Almería.'Un día, Tesifonte predica en Castela. De sus labios brotan encendidas las palabras de la verdad. Habla de Dios trino y uno, de Jesucristo, de sus milagros... Hay un silencio. Un grupo se acerca al Santo: -Si tu Dios es el verdadero, el único, el omnipotente, pídele que ahuyente de nuestro sembrado las aves que comen los frutos. Si lo hace, creeremos en El. Tesifonte ora. Levantan el vuelo los pájaros, que desde entonces no volverán a tocar los frutos de las feracísimas huertas. Y la tradición dice que el prodigio duró mucho tiempo. Las avejillas pasaban por encima del terreno sin gustar lo que el Santo les prohibió, con la particularidad de que, si alguno tomaba algún grano, moriría con él al instante... Baza, Huéscar y los pueblos de toda la comarca almeriense se sentaron también a los pies del enviado de Dios para después arrodillarse entonando el Credo'

(I. Flores de Lemus, Año cristiano iberoamericano t.2 p.9-10).

San Bernardino o la palabra llena de gracia

'El humanista milanés Mafeo Vegio se alarga en el elogio de su elocuencia. Lo que más admira en él es la pronunciación, el acento, la expresión de la idea en la voz. 'Nada nos dice puede imaginarse, más digno, más noble, más bello. Era su voz tan dulce, tan sonora, tan clara, tan distinta, tan matizada, tan segura tan penetrante, tan llena, tan amplia y tan eficaz, que parecía acomodada a todos los sentimientos, a todas las ideas, a todas las delicadezas y a todos los errores. Nada puede igualar el arte con que sabía manejarla y adaptarla a todos los efectos para mover y deleitar al público; nada puede compararse a la naturalidad con que acertaba a realzar la fuerza del pensamiento con los movimientos y actitudes de su rostro, siempre alegre, y de todo su cuerpo, del que parecía desprenderse una irradiación celestial'... A diferencia de San Vicente Ferrer, Bernardino solía salpicar sus sermones de cuentos y digresiones amenas, destinadas a sostener la atención del auditorio.

Estudiaba también cuidadosamente las costumbres, las necesidades y el carácter de los pueblos adonde llegaba, y tenía el don infalible de discernir los efectos de su palabra en la multitud. Cuando la veía acongojada, con exceso, acudía a un gracejo, a un chiste, a un rasgo de ingenio para templar el terror o la tristeza. Era siempre ingenioso y tenía una conversación chispeante, llena de gracia. Pero a todas estas cosas, dice Mafeo Vegio, superaba la integridad de su vida, su santidad. Nada pudo encontrarse en él digno de reprensión; nada que pudiese echar sombras en la sinceridad de su

palabra'. Bernardino conocía y practicaba la sentencia de su padre San Francisco : 'Ognuno sa quanto opera'. Son las obras las que miden la ciencia del hombre...

Tal era el predicador que durante un cuarto de siglo recorrió las ciudades italianas despertando el fervor religioso y llamando a los hombres a penitencia. En su camino brotaban la paz y la limosna, se organizaban cofradías de caridad y congregaciones de misioneros, surgían iglesias, conventos y hospitales... Su elocuencia no sólo arrebatava el pueblo, sino que era el deleite de los doctos y de los humanistas. En Milán, uno de los gramáticos más ilustres solía decir a sus discípulos : 'Vamos, hijos, a oír a este frailecito, que aunque lleva un vestido tan miserable, habla con inimitable gracia'

(cf. Fray Justo Pérez De Urbel, Año cristiano t.2 p.353-356).